

- (eds.) vol. I, pp. 440-444.
- (1994a): “Herrschaft des Verbrechens”, en: Farin, Michael; Scholdt, Günter (eds.) vol. III, pp. 360-387.
- Scholdt, Günter (1994): en Farin, Michael; Scholdt, Günter (eds.) vol. I.
- Sturm, Georges (1994): “Mabuse, ein Bild der Zeit, ein Spiel mit dem Bild. Zu den vier Mabusefilmen von Fritz Lang”, en: Farin, Michael; Scholdt, Günter (eds.) vol. III, pp. 336-359.

Carlos Pacheco

Arturo Uslar Pietri: de renovador vanguardista a patriarca de la cultura nacional

Si se le tiene hoy como enciclopedia viva y universal para el uso del venezolano común, esto ha nacido, más que de una vocación, de una necesidad.

GERMÁN ARCINIEGAS

Semana tras semana, desde el comienzo del año, cronistas y articulistas de prensa se han preguntado con insistencia por las razones de ese avieso destino que pareciera haberse cernido sobre las letras venezolanas. “Fuga de maestros”, titulaba uno de ellos, para ponderar la desaparición física de tantas y tan valiosas figuras en apenas unos cuantos meses. Y es que no hay duda de que aquella odiada y temida mujer de la guadaña en alto ha pasado entre nosotros, llevándose consigo una copiosa cosecha de poetas, ensayistas, narradores y académicos, intelectuales en general, dedicados al pensamiento y la

creación estética. Entre ellos, pueden destacarse: Juan Liscano, Caupolicán Ovalles, Antonia Palacios, Jesús Rosas Marcano, Raúl Agudo Freites, Salvador Garmendia, Aníbal Nazoa, Pedro Francisco Lizardo y, hace apenas días, mientras redactaba esta nota, Augusto Germán Orihuela. Como si señalara de alguna manera su jerarquía en tanto figura cimera de nuestra literatura, el primero de estos ilustres desaparecidos de este año fue Arturo Uslar Pietri, fallecido, apenas des-puntaba el año, el seis de enero. Diversos lectores y críticos tendrán por supuesto sus preferencias a la hora de escoger a sus favoritos entre nuestros narradores y ensayistas. Lo que probablemente nadie pondrá en duda es la categoría de Uslar como protagonista literario, cultural y político en la escena venezolana del siglo xx.

En efecto, si atendiendo a la cronología, apreciamos que nació en Caracas el 16 de mayo de 1906, que ya hacia 1920 publicaba sus primeros ensayos y algunos versos, y que hasta las proximidades de su muerte no dejó de ofrecer a la imprenta las muy diversas manifestaciones de su pluma, advertiremos que se trata de más de 80 años de sostenida y meritoria dedicación a la escritura literaria. Y también —valiéndose sobre todo de la prensa y la televisión en buena parte de este período— de una referencia crítica y orientadora de resonancia nacional, en momentos en que Venezuela vivió un vuelco cabal desde la gran hacienda gomecista hasta la modernidad petrolera y cosmopolita.

Es por eso que, aunque muchos argumentarían, y con razón, la valía estético-literaria de otros sobresalientes escritores en nuestro último siglo, como José Antonio Ramos Sucre, Julio Garmendia, Teresa de la Parra, Guillermo Meneses, Mariano Picón-Salas o Salvador Garmendia, tal vez sólo Rómulo Gallegos —su contrafigura, por cierto a causa de sus respectivas posi-

ciones políticas— podría disputarle la palma a Uslar Pietri en términos de representatividad pública y de nombradía, tanto en el país como en el exterior. Al decir esto, estamos pensando en esa noción clásica de *intelectual*, con todas las connotaciones socio-culturales que se fueron adosando a ella a lo largo del siglo: las virtudes del estudioso, la responsabilidad del creador, el poder de conducción y orientación de la ciudadanía, las posiciones críticas, éticas, especialmente ante los gobiernos de turno. Con énfasis en el aspecto literario, las páginas que siguen intentarán ofrecer un recorrido por la multiplicidad de facetas y significaciones públicas de quien ha encarnado para nosotros, creo que como ningún otro, esa función de conciencia intelectual de la nación, no sólo como innovador y reconocido practicante de la escritura de ficción y de reflexión, sino sobre todo como *pater familiae* de la cultura nacional.

La vida y la escritura de Uslar acompañan cabalmente el desarrollo del siglo XX venezolano. Descendiente de un héroe de Carabobo de origen alemán, nació en el seno de una familia de larga tradición militar vinculada a los regímenes de Antonio Guzmán Blanco, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Aunque por la precariedad de la época en las poblaciones del interior del país, donde le tocó vivir, su educación formal —según su propia opinión— parece haber dejado mucho que desear, su disciplinado intelecto y su omnívora voracidad lectora lo llevaron pronto a distinguirse entre los de su generación. Ya a mediados de los años veinte, su firma comienza a hacerse habitual en las más importantes publicaciones periódicas de la época, como las legendarias revistas *Billiken* y *Élite*, y no pasarían muchos años antes de que le tocara conocer la consagración literaria.

Sin duda el período más intenso y determinante de Uslar en tanto innovador

estético-literario es el que va de 1928 a 1931, pues en esos pocos años lidera la renovación vanguardista y publica su primer libro de cuentos y su primera novela, con los cuales marcará pauta en el desarrollo de la narrativa nacional. En Venezuela, la vibración del cambio se manifestaba entonces tanto en la efervescencia política como en las discusiones estéticas, expresadas respectivamente por la insurgencia de los universitarios y sectores progresistas contra la dictadura y por la emergencia de la vanguardia artística. Es en este segundo espacio donde se sitúa Uslar, probablemente el mejor conocedor de las manifestaciones innovadoras que hacen hervor en Europa y también el más consciente de sus implicaciones últimas. Por eso protagoniza la redacción del editorial-manifiesto de la revista *válvula* (1928), cuyo título, con la minúscula inicial, señala nítidamente la necesaria expresión del ímpetu renovador que ya no toleraba ser más represado. En esta iniciativa de ruptura es acompañado por escritores de diversa orientación política, como Nelson Himiob, Miguel Otero Silva, Fernando Paz Castillo, Carlos Eduardo Frías y Pedro Sotillo.

Barrabás y otros relatos (1928) es el volumen de cuentos en el que aquella propuesta estética se hace práctica ficcional. Es un libro que se atreve a saltar el cerco de las convenciones criollistas y modernistas, aunque naturalmente sin desprenderse del todo de algunos de sus rezagos. El gesto más importante de esta innovación consiste en la separación de todo gesto localista o pintoresco, para preferir espacios cerrados, interiores, que permiten centrar la atención en las subjetividades, nada estereotipadas, de sus personajes. Aunque el relato se emplace en un lugar geográfico reconocible, el interés narrativo se dedica a explorar regiones inusitadas u oscuras de la psique, como

los sueños o la locura, y suele estar certamente enfocado en un conflicto humano general, en ocasiones a través de la subjetividad de un actor histórico (como el Barrabás del Evangelio), que no es consciente de su relevancia.

Como cualquier otro intelectual hispanoamericano de su tiempo, siente a París como una experiencia irrenunciable y en 1929, recién doctorado en Ciencias Políticas, un cargo diplomático menor le permite insertarse en esa fiesta vanguardista que vivían por entonces allí incontables escritores hispanoamericanos en interacción con Breton, Valery, Buñuel, Desnos, Alberti y muchos otros artistas europeos. Uslar ha reconocido la especial relevancia formativa que tuvo para él en ese momento la proximidad con Alejo Carpentier y Miguel Ángel Asturias y el diálogo intenso que ellos tres mantuvieron sobre sus respectivos proyectos narrativos: *Ecué-Yamba-O*, la primera novela de Carpentier, las versiones iniciales de lo que terminaría siendo *El Señor Presidente*, de Asturias, y *Las lanzas coloradas*, la novela prima de Uslar y probablemente la más original e innovadora.

Junto con *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez, publicada también en 1931, *Las lanzas coloradas* trae consigo una renovación muy significativa en el arte de novelar, en especial en lo referente a las formas de representar la historia venezolana. A contrapelo de la desgastada tradición romántica que dominó el siglo XIX y cristalizó en hábitos narrativos aún practicados en la época, Uslar se atreve a revisar la temática de la independencia. Pero en lugar de la orientación documental y edificante que era de rigor, elige una visión más sociológica y más artística, abandonando la exaltación épica y el consecuente maniqueísmo entre héroes y monstruos. De hecho, su originalidad se detecta en la adopción de una posición en

cierta forma inversa en la elaboración de los personajes principales: el mantuano y patriota Fernando Fontas resulta degradado por su incapacidad y cobardía, mientras que la violencia del mestizo Presentación Campos, especie de protofigura del caudillismo criollo, resulta comprensible, y hasta atractiva por momentos, por la entereza de su conducta y las razones sociales y etnoculturales que la fundan. Por otra parte, los personajes propiamente ficcionales ocupan el centro de la acción narrativa, mientras que las grandes figuras históricas –Bolívar especialmente– obedecen a un diseño ingeniosamente diagonal. De esta manera, la independencia y el surgimiento de lo nacional dejan de ser los temas de un catecismo patrio– como lo fue, paradigmáticamente, la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco (1881), para presentarse como un complejo problema histórico con matices no sólo militares y políticos, sino también raciales, culturales, sociales y económicos que la novela se dedica a explorar con calculada distancia y objetividad.

A partir de este logro estético, mercedamente reconocido por la crítica (por esta obra, por ejemplo, Carlos Fuentes alude a Uslar como “creador de la moderna novela histórica latinoamericana”), nuestro novelista desarrollará a lo largo de más de medio siglo un amplio abanico de relatos que ficcionalizan momentos fundamentales del proceso histórico nacional e hispanoamericano, convirtiéndose en una de las vertientes fundamentales de su escritura. El primero de ellos es *El camino de El Dorado* (1947), donde Uslar, aparejando la fidelidad al dato histórico y al trabajo erudito en la selección y el montaje de fuentes documentales, contribuye al diseño ficcional de uno de los protagonistas históricos más sugerentes de la historia continental, el rebelde conductor de la gesta marañona Lope de Aguirre, moti-

vador de múltiples y encontradas versiones: de Casto Fulgencio López y Ramón J. Sender a Miguel Otero Silva y Abel Posse. En 1976, *Oficio de difuntos* se propone expresar el razonamiento y las motivaciones de Juan Vicente Gómez y de su régimen dictatorial (1908-1935) a través de una biografía novelada cuyo obvio referente histórico va camuflado tras nombres ficticios. Simón Rodríguez (1771-1854), maestro de El Libertador, eminente utopista e ideólogo con originales concepciones sobre la sociedad y la educación en la América Hispana, es el centro de atención de *La isla de Robinson* (1981). Precedida por una acuciosa investigación de fuentes con valor propio, esta novela se atreve a experimentar productivamente con la ruptura del hilo cronológico y el cambio de narradores y puntos de vista, distinguiéndose también por la eficiente utilización de fuentes documentales directas en la construcción de diálogos muy convincentes. Por último, en 1990 se publica *La visita en el tiempo*, centrada también en la vida de un personaje histórico tan novelesco como Don Juan de Austria y estructurada sobre el modelo de tres grandes mitos literarios: Hamlet, Don Juan y Segismundo. Desarrollada a partir de modos narrativos más convencionales, esta obra recibe importantes reconocimientos internacionales, como los premios Rómulo Gallegos y Príncipe de Asturias.

No obstante este sustantivo aporte a la novela, que debe completarse con *Un retrato en la geografía* (1962) y *Estación de máscaras* (1964), la mayoría de los estudiosos considera con razón que la contribución literaria más eximia de Uslar es la que realiza como cuentista, por haber contribuido a crear, con su primer libro de cuentos, una verdadera tradición del género en Venezuela y por haberse convertido, con sus sucesivos volúmenes, en el gran

“renovador del cuento venezolano”, tal como lo establece el título del mejor de los estudios sobre su narrativa breve, el de Domingo Miliani (Caracas, 1969).

Después de la cosmopolita y vanguardista fiesta parisiense, plena de novedades y de intercambios con los talentos artísticos más atrevidos del momento, después de los múltiples viajes que en esos años le mostraron las riquezas del viejo continente, Uslar regresa a la patria de una manera radical. Y el volumen de cuentos titulado escuetamente *Red* (1936) manifiesta magníficamente ese reencuentro y esa revaloración de lo propio venezolano, que es asumido sin embargo desde la mirada depurada y aguda, sutil e interiorizada por la experiencia europea. Como Carpentier y Asturias, por una vía divergente del surrealismo, se trataba entonces de descubrir el sentido mágico o maravilloso de la realidad en sus manifestaciones más ordinarias. Por eso puede decirse que en los cuentos de este volumen (como “La lluvia”, “La negramenta” o “Cuento de camino”, y aun en aquellos de asunto no venezolano como “El conde de Orgaz”) reluce ya lo que años después, en 1948, el mismo Uslar se adelantará a formular para Hispanoamérica, a partir de un estudio del alemán Franz Roth, como “realismo mágico”. La sabiduría narrativa con que ya cuenta le permite asumir los personajes y asuntos locales como materia, pero enfrentando esa materia con un lenguaje despojado de metáforas estridentes, atendiendo en muchos casos al monólogo interior, a la exploración de lo sensorial y a la osadía de ciertas ambigüedades y finales abiertos.

Treinta hombres y sus sombras (1948) viene a ser la consolidación y la culminación de este periplo paradójico que Uslar cumple cabalmente: alejarse en cierta forma de la realidad local (o más bien de una forma de percibirla y expresarla: el realismo mimético, exteriorista, pintoresco),

para regresar a ella con una actitud decididamente interrogante y problematizadora, capaz de percibir y modular “lo venezolano” con marcado respeto por las fuentes orales populares, mientras al mismo tiempo pone en práctica operaciones estéticas de sofisticada actualidad. Curiosamente, el impecable caballero urbano que es nuestro escritor, logra captar y expresar como ningún otro eso que él mismo llama el “misterio”, esa “interioridad” de sujetos y circunstancias rurales populares que está siempre más allá de la mera apariencia y el estereotipo. En este libro fundamental, además de privilegiar la tradición oral, el cuentista realiza en varios de los relatos una pertinente elaboración del pícaro de la tradición hispana y alcanza efectivas innovaciones con la multiplicación y el desplazamiento de las voces enunciativas del discurso.

“Transfiguración del realismo narrativo latinoamericano”, llamará Miliani a esta postura estética. Ya el mismo año 48, en *Letras y hombres de Venezuela*, su irremplazable colección de ensayos sobre los protagonistas de nuestro proceso literario, Uslar se pronuncia sobre el fenómeno como una tendencia del cuento venezolano de la época, probablemente el momento de mayor altura del género entre nosotros, cuando –a menudo en torno al concurso anual de cuentos del diario *El Nacional*– se revelan los talentos de Guillermo Meneses, Antonio Arráiz y Antonio Márquez Salas, Gustavo Díaz Solís, Humberto Rivas Mijares y Osvaldo Trejo, entre muchos otros.

En los sucesivos volúmenes de relatos, *Pasos y pasajeros* (1966) y *Los ganadores* (1980), se harán visibles cambios importantes, especialmente en lo que toca al predominio de ambientes urbanos, situaciones narrativas más contemporáneas y problemas de tipo ético, psicológico, existencial y también político. Cada vez

son menos acentuadas las referencias locales y más frecuentes los finales abiertos. Sin embargo, como marca distintiva de la factura uslariana, continúa presente en ellos –mediante un uso privilegiado de la primera persona– el esfuerzo por explorar el misterio de la identidad de personajes no previamente clasificados o caracterizados. En uno de los cuentos del último volumen aparece una suerte de síntesis de su poética narrativa que cito a través de Miliani: “El misterio de los seres no consiste en lo aparente, sino en todo lo que puede haber de maravilloso o desconocido bajo lo aparente. En las presencias invisibles que puede haber bajo las presencias visibles.”

Para dar cuenta de nuestro personaje, sin embargo, hay que ir mucho más allá de su prosa de ficción, reconocer su extensísima obra de ensayista, que incluye algunas piezas claves para la comprensión de lo venezolano como “La invención de Venezuela”, “Lo criollo en la literatura”, “El mestizaje y el nuevo mundo” o “La hallaca como manual de historia”. Y también muchas otras facetas de su escritura –desde la poesía, la dramaturgia y los libros de viaje hasta la exploración crítico-literaria, el periodismo de opinión, la historia y la economía–, facetas que sería imposible detallar en este espacio. No puede sin embargo concluirse este acercamiento a Uslar sin considerar su relevancia como figura pública. Y es que él, gracias tanto a su destacada carrera política como a su perseverante obra como divulgador, llegó a convertirse en punto de referencia fundamental para millones de venezolanos que probablemente nunca leyeron sus cuentos y novelas.

En efecto, desde 1936 ocupa posiciones cada vez más destacadas en el tren ejecutivo de los gobiernos postgomecistas de transición hacia la democracia. En 1939, a sus 33 años, como ministro de

Educación de Medina, por ejemplo, es la joven estrella del gabinete. Pero esa brillante trayectoria se ve cortada abruptamente por el golpe de estado de 1945, que lo lanza durante unos años a un exilio neoyorkino que será, por cierto, muy bien aprovechado para el trabajo académico. Dieciocho años más tarde, habiendo sido ya senador independiente, la realidad política lo reclama de nuevo a tiempo completo como candidato a la Presidencia y fundador de un partido que recoge el descontento popular. Aunque pierde las elecciones, al no poder competir con las aceitadas maquinarias partidistas, la campaña electoral lo hace llegar hasta las más alejadas poblaciones del país y su figura queda establecida como sinónimo de ecuanimidad, de rectitud y de independencia de criterio, tanto respecto de los llamados “partidos del estatus” como de sus detractores de la izquierda. Por eso, hasta muy avanzada edad, fue sujeto predilecto de numerosísimas entrevistas (véanse en especial los libros de Alfredo Peña, 1978, Margarita Eskenazi, 1988, y Rafael Arráiz Lucca, 2001) e invitado de gala de diversos programas televisivos de opinión.

Nadie, por otra parte, ha tenido en Venezuela una conciencia tan aguda como Uslar de la necesidad de alcanzar al gran público con un mensaje de orientación ciudadana, opinión política y divulgación cultural. El primer vehículo de esa pulsión es el artículo de opinión, y es admirable la persistencia de su colaboración semanal en el diario *El Nacional* a través de la muy popular y comentada columna “Pizarrón”, iniciada en 1948, que alcanzó el récord de los cincuenta años de existencia. También fue el primero en advertir la eficacia de la televisión y sus peculiares exigencias. Desde 1953, a través de su programa *Valores humanos* se introduce semanalmente, de manera casi ininterrumpida y a lo largo de casi 35 años, en miles de hoga-

res venezolanos, pasando a ser, para el grueso de la población, una suerte de modelo (para muchos de ellos sin duda inalcanzable) del hombre culto.

Su trayectoria literaria y política, y sobre todo esa presencia tan sostenida a través de los medios, convirtieron pues a Uslar en verdadero patriarca cultural de la nación, respetado y acatado por muchos, hasta por sus adversarios de la izquierda, criticado por quienes leyeron su insistente prédica pública como mensaje de las clases dominantes. Lo cierto es que, por más de medio siglo, Venezuela tuvo en Uslar una conciencia crítica lúcida, honesta y bien documentada que tal vez todos debimos escuchar con más atención y a la que hoy no podemos sino echar de menos.

Carlos Pacheco es profesor de la Universidad Simón Bolívar, Caracas.

Agustín E. Ferraro

Argentina: lecciones políticas de la crisis

La economía argentina sufrió en los últimos meses una prolongada y severa crisis, con características bastante novedosas en el contexto de las finanzas internacionales. Su detonante principal fue la “perspectiva” de que el Estado no pudiera seguir pagando, en un futuro más o menos inmediato, los intereses de la deuda pública. De haber ocurrido esta circunstancia, conocida como *default*, se supone que hubiera debido abandonarse, además, la paridad del peso argentino con el dólar de los Estados Unidos. Lo novedoso de la